

[Imprimir Página Web](#)

## Claves y consecuencias de la Segunda Intifada

José Luis Calvo Albero

ARI Nº 101-2002 - 12.11.2002

Pese a su carácter menor en comparación con otros conflictos contemporáneos, el enfrentamiento entre palestinos e israelíes mantiene una probada capacidad desestabilizadora no sólo a nivel regional, sino también global. La Segunda Intifada ha introducido a ambos contendientes en un círculo de autodestrucción, que está mezclándose ya con otros problemas regionales para diseñar un escenario muy peligroso para la estabilidad mundial. Pese a las victorias tácticas de Israel, la ventaja estratégica, a largo plazo, se inclina lentamente hacia el lado palestino. Pero en ambos casos se trata de visiones ilusorias y, probablemente, el resultado final sea la destrucción mutua. El plazo para evitarlo es cada vez más reducido y no parece posible un acuerdo sin una decidida presión internacional.

### Segunda Intifada. Las claves de una rebelión

El camino que llevó hasta la Segunda Intifada estuvo marcado por la desconfianza israelí y la ambigüedad palestina. Para muchos políticos y ciudadanos de Israel, la creación de la Autoridad Nacional Palestina tras los acuerdos de Oslo significó un avance estratégico de la OLP. La Primera Intifada había permitido crear un pseudo Estado con cobertura legal internacional; una base desde la que planificar y organizar el siguiente asalto contra Israel. Para los palestinos, el egoísmo y la intolerancia judía bloquearon sistemáticamente cualquier intento de progreso en los acuerdos. Pero el objetivo de acabar con el Estado hebreo continuaba en la mente de muchos de ellos, y la ANP fue tímida a la hora de reprimir a los extremistas.

El estallido de la revuelta fue un hecho anunciado. El fracaso de las conversaciones de Camp David, impulsadas en último extremo por un Clinton a punto de dejar la Casablanca, dejó las espadas en alto. La visita de Sharon a la Explanada de las Mezquitas sólo actuó como detonante, activado por el líder del Likud con propósitos electorales. La Intifada habría estallado de cualquier forma antes o después.

Pero esta segunda rebelión ha sido diferente a la primera. Los temores israelíes se confirmaron en parte, y los años de ANP sirvieron para crear una fuerza paramilitar mucho mejor organizada, entrenada y armada que las masas de la Primera Intifada. La revuelta no se ha basado tanto en movilizaciones civiles como en ataques armados contra el ejército y los asentamientos de colonos en los territorios ocupados. Los grupos integristas islámicos como Hamas y la Yihad, aunque aparentemente fuera del control de la OLP, han contribuido a la estrategia general del levantamiento con oleadas de devastadores atentados en el interior de Israel.

El modelo para la Intifada ha sido la lucha que la guerrilla libanesa de Hezbollah mantuvo durante más de una década contra Israel y sus aliados en el Sur del Líbano. De hecho, el repliegue israelí en la primavera del año 2000 de la franja de seguridad mantenida en el Sur libanés fue interpretado como la primera victoria árabe sobre Israel. Los grupos más radicales dentro de la OLP y las organizaciones islámicas creyeron que podrían repetir la hazaña en los territorios ocupados con el mismo esquema de hostigamientos, golpes de mano y ataques terroristas que había seguido Hezbollah.

La Segunda Intifada no ha sido tan controlada por la OLP como la anterior. De hecho, entre los motivos de su estallido hay un factor de descontento entre la propia población palestina ante la ineficacia y la corrupción latente en los gobiernos de Yaser Arafat. Este descontrol, sin embargo, ha sido a veces una ventaja, pues ha permitido difuminar las responsabilidades ante las acciones armadas y los atentados, haciendo más difícil la labor de los servicios de inteligencia de Israel, que no se enfrentan a una estructura única sino a un rosario de organizaciones diversas.

La estrategia israelí, especialmente tras la llegada al poder de Ariel Sharon, se ha dirigido fundamentalmente a la desarticulación de la ANP. Sharon comparte la visión, apuntada más arriba, de que la Autonomía Palestina no ha sido más que una cobertura para organizar más eficazmente la lucha contra Israel. Por tanto, su objetivo ha sido desmontar todas las instituciones palestinas, quitar de en medio a Yaser Arafat y forzar un relevo de poder que sin duda sería polémico, dada la fragmentación interna de la OLP y el auge popular de los movimientos islamistas. En esta situación de vacío de poder, Israel podría negociar en condiciones de ventaja, olvidar los acuerdos de Oslo y obtener otros más ventajosos para su seguridad. Lo que Sharon no quiere bajo ningún concepto es repetir el error que cometió Ehud Barak en la retirada del Sur del Líbano. Si Israel negocia, hace concesiones o cede territorios será desde una posición clara de fuerza, nunca bajo la sospecha de que se cede ante la presión de la Intifada.

Los resultados del enfrentamiento son todavía confusos. La pérdida de vidas humanas ha sido notable en ambos bandos (unos 650 israelíes y quizá 2.000 palestinos hasta el momento) pero resulta evidente que las muertes tienen un mayor impacto en la avanzada sociedad israelí que entre una población palestina que, frecuentemente, sólo en el odio hacia Israel encuentra aliciente para una vida mísera.

El aspecto económico ha sido uno de los que más han reflejado el impacto de la Intifada. La situación en los territorios ocupados se acerca a la de ruina, con casi todas las actividades económicas paralizadas, entre ellas el trabajo dentro del propio Estado hebreo, principal fuente de ingresos para muchas familias palestinas. La ANP y sus instituciones han sido prácticamente desmanteladas y la población carece de muchos de los servicios básicos.

Pero la situación no es tampoco halagüeña en el interior de Israel. La falta de mano de obra palestina y el aumento de los gastos en seguridad han acelerado una crisis que ya había comenzado antes del estallido de la revuelta. El porcentaje de población por debajo del índice de pobreza se acerca al 20 % y los gastos en defensa, que habían descendido hasta un 10% del PIB, han debido aumentar de nuevo. Sharon ha tenido sus mayores dificultades políticas precisamente por los problemas económicos, y el frágil gobierno de unidad nacional se ha venido abajo en Noviembre de 2002, ante la pugna entre los laboristas y el Likud sobre la prioridad de la ayuda financiera a los colonos, o a los gastos sociales en el interior de Israel.

### **Las consecuencias de una estrategia extrema**

Pero, siendo muy importantes, las consecuencias en cuanto a víctimas y efectos económicos no serán probablemente factores decisivos en el resultado final del conflicto. Otros aspectos más ocultos a primera vista adquieren mayor importancia tras un análisis detallado.

El primero de ellos es el deterioro de la capacidad de supervivencia de Israel como patria judía. El Estado hebreo, con una población siempre escasa, ha dependido tradicionalmente de un flujo constante de emigrantes procedentes de la diáspora para su viabilidad. La caída de la URSS y la emigración masiva de judíos de Europa del Este en los años noventa supuso un balón de oxígeno, pero ese flujo se ha reducido notablemente. Las condiciones de vida en los países de origen han mejorado en los últimos años y, sobre todo, la Intifada ha convertido a Israel en un lugar muy poco apetecible para empezar una nueva vida. El corte del flujo de emigrantes puede ser dramático para un Israel que cuenta ya con casi un 20% de ciudadanos de origen árabe, y se enfrenta a una auténtica estrategia demográfica por parte palestina. Desde la Primera Intifada, muchas organizaciones islámicas, así como la propia ANP, han fomentado la natalidad en Gaza y Cisjordania como una forma de enfrentarse a la oleada de colonias judías. Actualmente, estos territorios registran una de las mayores tasas de fertilidad del mundo con medias de 6-7 hijos por mujer y un crecimiento de población del 4,3 % anual. El mero peso demográfico puede sumergir en unas décadas a los judíos de Israel.

Un segundo aspecto crítico es que el nacimiento de un Estado palestino aparece como inevitable. Prácticamente toda la comunidad internacional está de acuerdo en ello, EEUU incluido. Incluso en el propio Israel, y hasta en los sectores más duros del Likud, esta posibilidad se contempla como inevitable a medio- largo plazo. La iniciativa del Primer Ministro Sharon para la construcción de un muro defensivo, que separe en el futuro Israel de los territorios ocupados, remite inevitablemente a la idea de que se está construyendo una frontera. Y así lo han interpretado cientos de miles de colonos judíos en Cisjordania, que se manifestaron violentamente contra la construcción de ese muro de cuya protección quedarán excluidos.

El problema actual, y el principal motivo de desavenencias, estriba en las condiciones en que se creará ese Estado y en su extensión territorial. Unos priman la seguridad absoluta de Israel y otros los derechos palestinos a un Estado viable. En cualquier caso la Segunda Intifada ha actuado como un sangriento catalizador de ese proceso de creación de un Estado palestino, paralizado desde hace unos años.

El tercer factor es la actitud norteamericana tras los atentados del 11 de septiembre. A nadie se le oculta que el conflicto palestino-israelí se encuentra en las raíces de esa agresividad árabe y musulmana hacia Occidente, que se manifestó trágicamente en los atentados de Nueva York y Washington. La Administración Bush sabe que la victoria definitiva contra el terrorismo pasa por la solución del conflicto en Palestina. A corto plazo no puede forzar excesivamente a Israel, puesto que esa conducta parecería como una concesión a la voluntad de los terroristas. Pero a medio plazo aumentará su presión para llegar a una solución negociada. Si se produce el ataque a Irak, la solución del conflicto palestino sería una lógica moneda de cambio, para no avivar aún más la animosidad anti-norteamericana en el mundo musulmán.

Pero existe un último factor que no resulta tan favorable para la causa palestina. Este factor deriva del carácter extremo de su propia estrategia. La superioridad militar israelí ha obligado a adoptar un modelo de estrategia asimétrica, basada en la movilización popular y en una mezcla de guerra de guerrillas y terrorismo, que exige un enorme sacrificio y una fuerte mentalización a su población. El odio hacia Israel se ha inculcado en generaciones de jóvenes, y el objetivo de la destrucción del estado hebreo costará mucho de arrancar de los corazones y las mentes del pueblo palestino.

Pero, por su propio extremismo, esta estrategia tiene difícil salida. Educados en el odio, sin apenas formación, con una enorme explosión demográfica en ciernes y un territorio devastado, los jóvenes palestinos difícilmente serán capaces de crear y consolidar una sociedad estable. Aunque se consiguiera un Estado territorial y económicamente viable, no se dispone de los recursos y valores humanos necesarios para desarrollarlo, y el futuro más probable será el caos y la continuación de la lucha contra Israel. Incluso si se llegase al objetivo, sólo veladamente confesado, de la desaparición del Estado hebreo, la sociedad palestina perdería paradójicamente su única esperanza de desarrollo y progreso. Sólo el potencial económico, científico y tecnológico judío puede arrastrar al pueblo palestino, sacándolo del pozo de atraso y odio en el que se haya sumergido. Como ocurre tantas veces en los conflictos llevados a su

extremo, es posible que, al aniquilar a su rival, los propios palestinos firmen su sentencia de muerte como sociedad viable, arrastrando en la turbulencia a toda la región.

### **La importancia de la presión exterior**

El problema no es en realidad tan complicado si se plantea de forma teórica. Los palestinos deben disponer de un Estado viable política y económicamente que les haga olvidar su obsesión por la destrucción de su vecino judío. Pero para lograrlo es preciso que Israel se arriesgue, aparcando su sueño de colonización del Valle del Jordán y superando el temor a que la formación de un estado palestino no sea más que otro paso en una estrategia hostil. Son dos actitudes complementarias y que no servirán para nada si se adoptan sin reciprocidad mutua.

Pero en la práctica la cuestión se complica de forma casi insuperable. Los gobernantes de ambas comunidades son incapaces de tomar las decisiones necesarias; y no por cortedad de miras sino porque dependen de unas opiniones públicas marcadas por décadas de violencia, víctimas y odio. Ni Sharon ni Arafat, ni los que puedan sustituirlos en el futuro disponen de libertad suficiente para tomar las decisiones adecuadas, para establecer esa "paz de los valientes" de la que frecuentemente se habla.

De ahí la importancia de la acción internacional para conseguir el acuerdo. Sólo bajo una fuerte presión diplomática y económica externa podrían los dirigentes de ambos pueblos hacer justificables unas decisiones que, procediendo de su propia iniciativa, serían un suicidio político. Por eso nada más nocivo para el conflicto que la idea defendida en un principio por la Administración Bush de dejar la solución a la iniciativa de las partes. Esto es probablemente una utopía.

España puede ejercer un papel notable en este proceso de solución. De forma individual aprovechando su tradición cultural e histórica para actuar como un "territorio neutral", tal y como sucedió durante las Conversaciones de Madrid en 1992; o para implicar en el proceso de paz a algunos Estados árabes de la zona. En el seno de la Unión Europea impulsando una actitud firme de presión diplomática y económica hacia ambos bandos. En este aspecto la UE dispone de una mayor libertad de acción que EEUU, cuyo apoyo a Israel está condicionado por razones geopolíticas y de política interna.

### **Conclusiones**

Resulta un lugar común afirmar que el conflicto palestino-israelí tiene difícil solución. Pero lo cierto es que así es, y actualmente se ha entrado en una espiral que aún complica más los intentos por lograrla. Quizás en unos años más ésta sea ya imposible. Las previsiones a largo plazo son pesimistas para la supervivencia de Israel, que puede ganar las batallas pero tiene muy difícil ganar la guerra; pero los palestinos no obtendrán ningún beneficio de la caída de su odiado rival.

Una presión exterior decidida y coordinada parece la única esperanza para salir del círculo de violencia, y la Unión Europa puede tener un papel importante en esta línea diplomática. En cualquier caso, la solución será larga y la paz se hará esperar, si llega algún día a ser posible. Pero intentar atajar este conflicto entre dos pequeñas comunidades, que está contribuyendo a desestabilizar gran parte del globo, y que probablemente terminará mal para todos, aparece como un deber ineludible para la comunidad internacional.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

Subir ▲